

AÑO XXII.—NÚM. 6390

18 DE SETIEMBRE DE 1882.

REDACCION, MAYOR 24.

## EL ECO DE CARTAGENA

Lunes 18 de Setiembre de 1882

Sr. Director de EL ECO DE CAR-  
TAGENA.

Mi respetable amigo: Hoy que tanto se habla de cosas de Marina, si en ello no tiene Vd. inconveniente, le agradecería la inserción en su periódico, del siguiente escrito, que he traducido de «Le Semaphore» de Marsella de 2 del mes actual.

Creo que en él se encuentran algunas observaciones que de algo pueden servirnos en cuestiones análogas á las que el dicho escrito se refiere.

Suyo affmo. S. S. Q. B. S. M. Fran-  
cisco Antonio Ibañez.

Hoy Setiembre 9, 82.

LAS ESCUELAS PRIMARIAS  
DE LOS MARINOS.

Una nación que pretende tener una marina, debe saber otorgar á la profesión del marino, el estímulo que se merece. Está obligada á concederle los propios sacrificios que hace por los demás ramos del trabajo nacional. Preciso es hacer constar que, mientras todo el mundo se desvela por desarrollar la enseñanza agrícola, industrial, artística, de difundir más completamente la instrucción, y alguna vez recargar los programas hasta el punto de que el Maestro de escuela de la aldea separa á sus discípulos nociones diversas sobre el cultivo de la tierra, nadie ha pensado hasta ahora lo que podría y debería hacerse en las aldeas del litoral, y en las poblaciones que son puertos de mar. ¿Quién negará la conveniencia de enseñar á los niños de las poblaciones del litoral, otra cosa distinta de lo que está interesado inculcar á los del interior?

¿Quién ha meditado sobre el que en Concarneau, ó en Sansset, las ventajas que se producirían, si el programa de enseñanza, difiriera en algo del que se quiere hacer aprender al niño de una aldea de los Vosgos ó de Puy de Pôme? Buscamos y nada encontramos relativo á este particular. Puede ser, que la causa primera de este olvido tan completo de las cosas de la mar, de la marina y de los marinos, tenga por disculpa nuestra administración tan esencialmente centralizadora, que todo se regula teniendo ó tomando por tipo á Paris, y no siendo Paris todavía un puerto de mar, no se conocen allí ni á la marina, ni á los marinos, más que por las representaciones de la ópera cómica, y en cuanto á inquietarse de una manera seria del porvenir de nuestra marina, no hay por ahora que pensar en ello, porque nos son más agradables y popu-

lares las carreras del hipódromo, que las regatas en los puertos.

Tenemos la esperanza de que esta especie de olvido cesará; pero no confiamos que la falta se remedie con la sola intervención del poder central, y creemos que hay necesidad absoluta de depositar en la acción de las autoridades locales el éxito de nuestro propósito. Como frecuentemente ha sucedido, abandonadas á sí mismas, han llegado á comprender cuán útil es no descuidar esta importantísima fuerza nacional que se llama marina, y cuya alma reside en ese cuerpo de marinos reclutado en nuestras poblaciones del litoral. Se dice que la vocación por la marina está próxima á desaparecer. Acordaos que habeis hecho muy poca cosa para estimularla.

Empecemos por la escuela. Hay como unas diez de estas paragrametes y aprendices en Francia. La que existe en Marsella quizás la más próspera de todas, debido á que en Marsella tenemos una Cámara de comercio que la ha fundado, un Concejo municipal que se ha asociado á esta obra, y un Concejo general que fielmente agrega su subvención á su presupuesto. El Estado también ayuda, pero con bien poco. Esta escuela de aprendizaje profesional existe desde 1839: cuenta por término medio 250 discípulos suscritos, con la obligación de permanecer en ella hasta la edad de 18 años. Cerca de las cuatro quintas partes de estos discípulos navegan, la última parte existe en la escuela, aprendiendo su profesión ó perfeccionándola. Mucho se hubiera podido hacer con esta escuela si los recursos lo hubieran permitido. Justo es decir, que se ha hecho todo y cuanto más se ha podido. Apesar de los que no le conceden ninguna importancia, de ella han salido dos tenientes de navio, muchos capitanes de navegación de altura, y numerosos patronos de cabotaje. Pero la escuela de grumetes de Marsella ha luchado y lucha todavía, contra una terrible preocupación. En el parecer de la mayoría de las gentes, se tiene la creencia de que la escuela es semejante á un establecimiento de corrección, en el que se encierra á los jóvenes refractarios y rebeldes á la autoridad paternal. Nada de esto existe; pero la preocupación sigue en pié, con una constancia y una tenacidad dignas de mejor motivo. Al joven rebelde se le amenaza con la corbeta y con su disciplina. Confesemos que es un singular procedimiento para estimular la profesión que nos ocupa. Preciso es por otra parte reconocer, que el aspecto exterior del establecimiento no es el más á propósito para seducir la imaginación ó alhagar á los jóvenes que deban permanecer allí. Con la seguridad de no equivocarnos no

discutiremos sobre la buena asistencia de los jóvenes, ni de la esmerada limpieza del viejo brick, ni de los esfuerzos de un jefe consagrado á su servicio, secundado por un excelente personal. Sacan todo el partido posible de los elementos de que disponen. Pero nada pueden hacer con este buque que el Estado les ha abandonado, cuando nada podía hacer de él, y cuando ni aun valiéndole la pena de ser deshecho. Y parece mayor esta falta, si al costado de este casco tosco de aspecto, poco atractivo, y con cierto aire de una prisión flotante, se fondea una de esas coquetas y airovas naves veleras, ó uno de esos graciosos «steamers» orgullo de la moderna construcción marítima.

Y al comparar el viejo buque con los que le rodean, deseáramos para los jóvenes de la escuela primaria, correspondencia análoga con el aspecto exterior de nuestros edificios escolares, de la creación de sus clases, de la extensión de sus patios y sitios de recreo, de sus alojamientos y accesorios, y creemos que no sería demasiado pedir, el que no se olvidaran nuestras escuelas de grumetes, y que se intentara averiguar si nuestros arsenales no darían una muestra de patriótica deferencia, instalando la escuela de grumetes en un buque menos viejo, menos sombrío, más espacioso, más adecuado para dar á los discípulos una idea menos triste de la profesión para que se les destina. Hé aquí nuestro primer deseo, y cuando ayer mañana hemos leído en el resumen de la sección del Concejo general, que esté se había ocupado de la escuela de grumetes de Marsella para pedir su abandono, es decir, uno de los «puntos de mira» del radicalismo, esto no nos ha desanimado para insistir, que algo más urgente había que pedir, es decir, un local, un buque más espacioso, y creemos que no hubiera sido un hecho anti-democrático formular un voto en este sentido.

No es más que una escuela primaria la escuela de grumetes; pero no olvidemos que, es también un establecimiento profesional de enseñanza. Se enseña á los jóvenes á leer, á escribir, á calcular. Se les enseña también el uso del compás, se les ejercita en la práctica de las maniobras compatibles con su edad; pero el día que les llega su turno de embarque, no han pesado 24 horas en la mar. Esta ha sido la suprema ambición de todos los comandantes que han gobernado la escuela. La de poseer al par de su vieja corbeta, un buque de menores dimensiones que se le hubiera podido enviar á la mar con un equipaje joven, amaestrado, conducido y dirigido por un personal técnico. Este objetivo, este desideratum, permanece aun en el esta-

do de voto platónico, cuando ninguna mejora, será más útil, y más necesaria que esta.

Quizás no estemos en lo cierto, al pensar que, la escuela de grumetes haya ocupado jamás algún puesto en las preocupaciones de aquellos á quienes compete, la dirección y la vigilancia de la enseñanza. Exceptuando la Cámara de comercio, que hace los mayores sacrificios para el sostenimiento de esta escuela, el Concejo de Administración y los delegados que lo componen, se habrán presentado siempre á los ojos de los jóvenes discípulos, como altos funcionarios sin duda; pero como funcionarios tomando un interés mediano por una institución, que merece sin embargo, el más caloroso fomento, y la más profunda simpatía. Jamás hemos oído decir, que haya habido un solo día de fiesta para estos grumetes, ni que se haya dado el caso de reunirse ni una hora tan siquiera, alguna sociedad numerosa, que indicase que se tomaba á algún interés por estos futuros navegantes, para acordarles siquiera una sonrisa ó un simple recuerdo bienhechor. Y al consignar aquí estas rápidas observaciones, no podemos por menos que traer á la memoria las fiestas dadas á bordo de las escuelas de grumetes y novicios en Inglaterra, a aquellas expediciones de Loudón Bridge á Gravesend, para pasar una hora á bordo del «Conway», á los grabados repartidos por la prensa ilustrada de Londres, enseñándonos aquellos puentes en los que los grumetes y novicios hacen ejercicio, aquellas mesas del entrepuente donde vienen después á asearse, animados, cuidados y mimados, por hermosas señoras á las que acompañan sus hijos, teniendo un verdadero placer en distribuir á los pensionistas de la escuela, golosinas y pasteles, esforzándose en dejar después de su partida el recuerdo dichoso de su visita. Dudamos mucho que los jóvenes de nuestra escuela, hayan tenido jamás semejantes días, y nosotros los recordamos, por ellos, y por nosotros.

Queremos tener una marina.

Pues pensemos un poco en los marinos, en los grandes, y en los pequeños, en los pequeños porque de ben suceder á los grandes. Hay en Francia, hay en Marsella bastantes corazones generosos para consagrar algunos instantes á esta institución, tan frecuentemente olvidada; la escuela de grumetes.

Si le es permitido al que escribe estas líneas consignar aquí un viejo recuerdo de hace 15 años, dirá que visitó cierto día la escuela con un hombre cuya memoria hace autoridad en materia de enseñanza. Al dejar el puente del «Orestes» Mr. Julio Simón, que acababa de visitar el brick en todos sus más escondidos departamentos, dijo: «Todo está aquí perfectamente comprendido bajo el punto de vista administrativo,